

833
Z



PQ2524
V38
v. 2



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

El vientre de París

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

IV Apdo. 1625 MONTEREY, MEXICO

Mademoiselle Saget, una noche, conoció desde su lumbra la sombra de Quénu proyectándose en los ahumados vidrios de la ventana del gabinete que daba a la calle Pirouette. Allí había encontrado la vieja un excelente puesto de observación, frente a aquella especie de transparente lechoso, en el que se dibujaban las siluetas de aquellos señores, con narices repentinas, mandíbulas salientes que brotaban, brazos enormes que se alargaban bruscamente, sin que se vieran los cuerpos. Aquel descoyuntamiento sorprendente de miembros, aquellos perfiles mudos y furibundos que traicionaban hasta fuera las discusiones ardientes del gabinete, la tenían clavada detrás de sus visillos de muselina hasta que el transparente se volvía negro. Olfateaba allí "algo feo". Había acabado por conocer las sombras por las manos, los cabellos, los vestidos. Al ver aquella mezcla de puños cerrados, de cabezas coléricas, de hombros hinchados, que parecían desprenderse y rodar unos sobre otros,

la vieja decía rotundamente: "Ese es el gran marrajo del primo; ese es el miserable de Gavard; ese es el jorobado; esa es la zanquilarga de Clemencia". Después, cuando las siluetas se calentaban, poniéndose en absoluto desordenadas, la vieja se sentía asaltada por una necesidad irresistible de bajar, de ir a ver. Compraba el casis por la noche, pretextando que se sentía mal por la mañana, y que lo necesitaba, decía, al echarse de la cama. El día en que vio la pesada cabeza de Quénu, rayada en nerviosos golpes por la delgada muñeca de Charvet, llegó a casa del señor Lebigre, jadeante, e hizo que Rosa la enjuagara la botellita, con objeto de ganar tiempo. Sin embargo, iba ya a subir a su casa, cuando oyó la voz del salchichero, que decía con claridad infantil:

—No, no se puede aguantar más. Se dará un escobazo de primera a ese atajo de farsantes de diputados y ministros; a toda la patulea, en una palabra.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana estaba ya mademoiselle Saget en la salchichería. En ella encontró a madame Lecœur y a la Sarriette, que metían las narices en el calentador, comprando salchichas calientes para almorzar. Como la solterona las había arrastrado a su riña con la bella Normanda, a propósito de la platija de dos sueldos, por aquel mero hecho se habían vuelto a poner todas de parte de la bella Lisa. Ya la pescadera no valía ni tanto así de manteca. Y pegaban con las Méhudin, unas fulanas que no buscaban más que el dinero de los hombres. La verdad era que mademoiselle Saget había dado a entender a madame Lecœur que Florencio cedía a veces a Gavard una de las dos hermanas, y que entre los cuatro armaban "juergas" hasta reventar en casa de Baratte, por

supuesto, con las monedas de cien sueldos del comerciante de aves. Madame Lecœur se quedó lamentándose con los ojos amarillos de bilis.

Aquella mañana, la solterona quería dar un golpe a madame Quénu. Dió vueltas delante del mostrador, y después, con su más dulce voz:

—Ayer noche vi al señor Quénu—dijo.—¡Oh! Bien que se divierten en aquel gabinete en que tanto ruido arman.

Lisa se había vuelto hacia la calle, con el oído atentísimo, pero sin querer, sin duda, escuchar de frente. Mademoiselle Saget hizo una pausa, esperando que le preguntaran. Después añadió con voz más baja:

—Tienen allí una mujer... ¡Oh! No, el señor Quénu, no digo eso; yo no sé...

—Es Clemencia—interrumpió la Sarriette—una mujer alta y flaca, que se hace la sabihonda porque ha ido al colegio... Vive con un profesor tronado... Yo les he visto juntos. Siempre parece que se llevan al puesto de policía...

—Ya sé, ya sé—repuso la vieja, que conocía a las mil maravillas y Charvet y a Clemencia, y que sólo hablaba para inquietar a la salchichera.

Esta no se movía. Fingía mirar algo muy interesante en los Mercados. Entonces, la vieja echó mano de los grandes recursos. Se dirigió a madame Lecœur.

—Quería decirle a usted que haría bien en aconsejar a su cuñado que sea prudente. En el gabinete vociferan cosas que hacen temblar. La verdad es que los hombres pierden la chaveta con la política. Si les oyeran, podría salirles mal la cuenta.

—Gavard hace lo que le da la gana—suspiró madame Lecœur.—No me falta más que eso. La inquietud acabará conmigo, si hace que le prendan.

Y en sus pitarrosos ojos se vió cierto resplandor. Pero la Sarriette se reía, moviendo la cabeza, fresquisima por el aire de la mañana.

—Julio es el que arregla bien—dijo—a todos los que hablan mal del imperio... Habría que tirarlos a todos al Sena, porque, según me han explicado, no hay entre ellos ni una sola persona decente.

—¡Oh!—continuó mademoiselle Saget.—No hay gran mal en ello, mientras las imprudencias caen en los oídos de una persona como yo. Ya saben ustedes que antes me dejaría cortar una mano que... Lo mismo que, ayer por la noche, decía el señor Quénu...

Volvió a interrumpirse. Lisa había hecho un ligero movimiento.

—El señor Quénu decía que hay que fusilar a los ministros a los diputados, y a toda la patulea.

Esta vez la salchichera se volvió bruscamente, palidísima, con las manos crispadas en el delantal.

—¿Quénu dijo eso?—preguntó con voz breve.

—Y otras cosas más que no recuerdo... Ya comprende usted que yo soy quien las ha oído... No se atormente usted así, madame Quénu. Ya sabe usted que de mí no ha de salir... Tengo bastante edad para saber lo que podría perjudicar mucho a un hombre... Esto queda entre nosotros....

Lisa se había repuesto. Tenía el orgullo de la honrada paz de su hogar, y no confesaba nunca la menor desavenencia entre ella y su marido. De modo que acabó por encogerse de hombros, murmurando con una sonrisa:

—Tonterías para divertir a los niños.

Cuando las tres mujeres estuvieron en la calle, convinieron en que la bella Lisa había puesto

una cara muy singular. Todo aquello, los Méhudin, Gavard, los Quénu, con sus historias de las que nadie comprendía una palabra, acabaría mal. Madame Lecœur preguntó qué hacían con las personas presas "por la política". Mademoiselle Saget sabía únicamente que no se las veía más, nunca más; lo cual hizo decir a la Sarriette que quizás las arrojaban al Sena, como quería hacer Julio.

La salchichera, en el almuerzo y en la comida, evitó toda alusión. Por la noche, cuando Florencio y Quénu fueron a casa del señor Lebigre, no demostró tener más severidad en la mirada. Pero aquella noche, precisamente, se discutió la cuestión de la constitución próxima, y era ya la una de la mañana cuando aquellos señores se decidieron a abandonar el gabinete; ya habían cerrado las puertas, y tuvieron que salir por el portillo, uno por uno, doblando el espinazo. Quénu entró en su casa con la conciencia inquieta. Abrió las tres o cuatro puertas de la morada lo más dulcemente que pudo, andando de puntillas y atravesando el salón con las manos extendidas, para no tropezar con los muebles. Todo dormía. En la alcoba, se sintió contrariado al ver que Lisa había dejado la vela encendida; la vela ardía en medio del silencio, con llama alta y triste. Cuando se quitaba los zapatos y los dejaba en un rincón de la alfombra, el reloj dió la una y media, con un timbre tan claro, que Quénu se volvió consternado, temiendo hacer un movimiento, y contemplando con aspecto de furioso reproche el dorado Guttenberg que relucía con el dedo sobre un libro. No veía más que la espalda de Lisa, con la cabeza hundida en la almohada; pero comprendía muy bien que su esposa no dormía, que debía de tener los ojos abiertos de par en par, clavados en la pared.

Aquella espalda enorme, muy gruesa en los hombros, estaba lívida de reprimida cólera; se hinchaba y conservaba la inmovilidad y el peso de una acusación sin réplica. Quénu, desconcertado por completo por la severidad extrema de aquella espalda que parecía examinarle con el rostro serio de un juez, se metió bajo las sábanas, sopló la vela y se estuvo quieto. Se había quedado al borde del lecho para no tocar a su mujer. Esta seguía sin dormir, lo hubiera jurado. Después se rindió al sueño, desesperado al ver que Lisa no hablaba, y sin decirle "buenas noches", pues se hallaba sin fuerzas contra aquella masa implacable que cerraba el lecho a sus sumisiones.

Al día siguiente, durmió Quénu hasta muy tarde. Cuando se despertó, con el edredón subido hasta la barba, panza arriba en medio de la cama, vió a Lisa que, sentada delante del secreter, ponía en orden unos papeles; se había levantado sin que su esposo se percatara de ello con el gran sueño que le había asaltado por su calaverada de la víspera. Quénu se revistió de valor, y le dijo, desde el fondo de la alcoba:

—¡Toma! ¿Por qué no me has despertado?... ¿Qué estás haciendo ahí?

—Arreglo estos cajones—respondió Lisa muy tranquila, y con voz de costumbre.

Quénu se sintió aliviado. Pero Lisa agregó:

—No se sabe lo que puede suceder; si viniera la policía...

—¿Cómo? ¿La policía?

—Claro, puesto que ahora te metes en política...

Incorporóse el marido, fuera de sí, herido en pleno pecho por aquel ataque rudo e imprevisto.

—Me meto en política, me meto en política—

repetía.—La política no tiene nada que ver con ello; yo no me comprometo.

—No—repuso Lisa encogiéndose de hombros.—Sencillamente, hablas de hacer fusilar a todo el mundo.

—¡Yo! ¡Yo!

—Y vociferas eso en casa de un tabernero... Mademoiselle Saget te oyó decirlo. Todo el barrio, a estas horas, sabe ya que eres un rojo.

Al recibir este golpe, Quénu volvió a acostarse. No estaba todavía bien despierto. Las palabras de Lisa repercutían en sus oídos, como si ya oyese las gruesas botas de los gendarmes a la puerta de la alcoba. Miraba a su mujer, ya peinada, oprimida en su corsé, con su aderezo habitual, y se atolondraba más aún al hallarla tan correcta en aquellas circunstancias tan dramáticas.

—Ya lo sabes, yo te dejo libre en absoluto—prosiguió Lisa después de una pausa, continuando con el arreglo de los papeles.—No quiero yo llevar los pantalones, como se dice... Tú eres el amo, y puedes aventurar tu posición, comprometer nuestro crédito, arruinar la casa... Yo, más tarde, no tendré que cuidar más que de los intereses de Paulina.

Quénu protestó, pero su esposa le hizo callar con un ademán, agregando:

—No, no digas nada; no quiero provocar una disputa, ni siquiera una explicación... ¡Ah! Si me hubieras pedido consejo, si hubiéramos hablado de esto los dos solos, no digo que... Es un error eso de creer que las mujeres no entienden nada de política. ¿Quieres que te diga mi política, la mía?

Se había levantado, y se paseaba desde el lecho a la ventana, quitando las motas de polvo

que veía sobre la reluciente caoba del armario de luna y del tocador-cómoda.

—La mía es la política de las personas decentes... Yo estoy agradecida al gobierno cuando mi comercio marcha bien, cuando me como la sopa con tranquilidad, y cuando duermo sin que me despierten los tiros de los fusiles... ¿Estábamos muy bien, verdad, en el año 48? El tío Gradelle, que era un digno sujeto, nos enseñó sus libros de aquella época. Había perdido más de seis mil francos... Ahora que nos gobierna el imperio, todo marcha bien, todo se vende... No me puedes sostener nada en contrario... Pues entonces, ¿qué queréis? ¿Qué más vais a tener cuando hayan fusilado a todo el mundo?

Plantóse al decir esto delante de la mesita de noche, con las manos cruzadas, enfrente de Quénu, que desaparecía bajo el edredón. Quénu intentó explicar lo que querían aquellos señores; pero se trabucaba y confundía los sistemas políticos y sociales de Charvet y de Florencio; hablaba de los principios desconocidos por los gobiernos, del advenimiento de la democracia, de la regeneración de las sociedades, mezclándolo todo de un modo tan extraño, que Lisa se encogió de hombros, sin entenderle. Por fin Quénu salió del atolladero atacando al imperio; era el reino de la corrupción, de los negocios chanchullecós, del robo a mano armada.

—Mira—dijo acordándose de una frase de Logre.—Somos la presa de una cuadrilla de aventureros que saquean, que violan, que asesinan a Francia. ¡No queremos sufrirlos por más tiempo!

Lisa seguía encogiéndose de hombros.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?—preguntó con su hermosísima sangre fría.—¿Y a mí qué se me da de todo eso que estás contando

ahí? Y aunque fuera verdad... ¿qué? ¿Acaso te aconsejo yo que seas tú un criminal? ¿Acaso te induzco a que no pagues tus facturas, a que engañes a tus parroquianos, a que amontones demasiado de prisa piezas de cien sueldos mal adquiridas? ¡Acabarás por hacerme montar en cólera!... Nosotros somos personas buenas y honradas, y no saqueamos ni asesinamos a nadie. Esto basta. Lo demás no me importan un bledo; ¡que sean unos canallas, si quieren serlo!

Estaba soberbia y triunfante. Comenzó de nuevo a pasear, con el busto erguido, continuando:

—De ese modo, para dar gusto a los que no tienen nada, sería preciso no ganarse la vida... Naturalmente que yo me aprovecho del buen momento y que sostengo al gobierno que hace que progrese el comercio. Si hace cosas feas, yo no quiero saberlo. Yo, por mi parte, estoy convencida de que no las cometo, y no tengo ningún temor de que me señalen con el dedo en el barrio... Sería una tontería de marca mayor el batiarse contra molinos de viento... Recuerda que, cuando las elecciones, Gavard decía que el candidato del emperador era un hombre que se había declarado en quiebra, y que estaba comprometido en negocios muy sucios. Podía ser verdad, no te digo yo que no. Y, sin embargo, no por ello obraste menos seriamente al votar por él, porque la cuestión no era esa; no te pedían que prestases dinero ni que hicieras negocios con aquel señor, sino que mostrases al gobierno que estaba satisfecho de ver cómo prosperaba la salechichería.

Entretanto, Quénu estaba recordando una frase de Charvet, el cual declaraba que, "aquellos burgueses enriquecidos, aquellos tenderos engordados, que prestaban su apoyo a un gobierno de indigestión general, debían ser los primeros

arrojados a la cloaca". Gracias a ellos, gracias a su egoísmo del vientre, el despotismo se imponía y corroía a toda una nación. Procuraba Quénu soltar la frase hasta el fin, cuando Lisa le cortó la palabra, arrebatada por la indignación.

—¡Déjame de monsergas! Mi conciencia no me reprocha nada. Yo no debo un solo sueldo, ni estoy complicada en ningún chanchullo, yo compro y vendo buenas mercancías, y no las hago pagar más caras que el vecino. Eso que estás diciendo es bueno para nuestros primos, los Saccard, que fingen no saber siquiera que yo estoy en París; pero yo soy más orgullosa que ellos, y me burlo de todos sus millones. Dicen que Saccard trafica con los derribos, y que roba a todo el mundo. No me admira, pues a eso tiraba... Ama el dinero hasta nadar en él, para tirarlo en seguida por la ventana, como un imbécil... Que se ponga en entredicho a las personas de su calaña, que hacen fortunas demasiado grandes, lo comprendo. Yo, si quieres saberlo, no estimo a Saccard... ¡Pero nosotros! Nosotros que vivimos tan tranquilos, que empleamos quince años para reunir una posición holgada, nosotros que no nos metemos en política, y que por único desvelo tenemos el de educar bien a nuestra hija y el de gobernar bien nuestra casa! ¡Vamos, tú quieres hablar por hablar! ¡Nosotros somos personas decentes y honradas!

Fué a sentarse al borde del lecho. Quénu estaba estremecido.

—Escúchame bien—continuó Lisa con voz más profunda.—Creo que no desearás que vengan a saquear tu tienda, a vaciarte los sótanos, a robarte el dinero. Si esos hombres de casa del señor Lebigre triunfaran, ¿crees que al día siguiente estarías acostado y tan calentito como

ahora? Y cuando bajaras a la cocina, ¿crees que te pondrías tan pacíficamente a hacer tus galantinas, como las harás en seguida? ¿No, verdad? Pues entonces, ¿a qué hablar de derribar al gobierno que te protege y te permite hacer economías? Tienes mujer, tienes una hija y a las dos te debes antes que nada. Serías culpable si aventurases su felicidad. Sólo los hombres sin oficio ni beneficio, los que no tienen nada que perder, son los que quieren estampidos de fusil. Me parece que no querrás ser tú el pavo de la farsa... Quédate, pues, en tu casa, grandísimo tonto, come bien, duerme bien, gana dinero, ten la conciencia tranquila y dite a tí mismo que Francia se libertará ella sola si el imperio la acorrala. Francia no tiene ninguna necesidad de ti.

Reíase con su hermosa risa, y Quénu estaba completamente convencido. Al fin y a la postre, Lisa tenía razón; y era una hermosa mujer, peinada tan temprano, tan limpia y tan fresca, con su deslumbradora ropa blanca, allí al borde del lecho. Al oír a Lisa, miraba Quénu sus dos retratos, a ambos lados de la chimenea; ciertamente eran personas honradas, y tenían aspecto correctísimo, vestidos de negro, en los dorados marcos. La alcoba también le pareció la alcoba de personas distinguidas; los macasares de encaje ponían en las sillas una especie de probidad; la alfombra, las cortinas, los jarrones de porcelana con paisajes, pregonaban su trabajo y su afición a lo cómodo. Entonces, el salchichero se hundió más bajo el edredón, en donde se calentaba suavemente, con calorcillo de bañera. Le pareció que en casa del señor Lebigre había estado a punto de perder todo aquello, su lecho enorme, su alcoba bien cerrada, su salchichería, en la cual pensaba ya con enternecidos remordimientos. Y de Lisa, de los muebles, de aquellas

cosas dulces que le rodeaban, emanaba un bienestar que le sofocaba un tanto, de un modo deliciosísimo.

—¡Ah, tonto!—le dijo su mujer al verle convencido.—¡Bonito camino habías tomado!... Pero, mira, hubiera sido preciso que pasaras por cima del cuerpo de Paulina y del mío... Y no te metas más en juzgar al gobierno, ¿oyes? En primer lugar, que todos los gobiernos son lo mismo. Hoy se sostiene a éste, y mañana a aquél, es necesario. Lo único positivo, cuando se llega a viejo, es comerse las rentas tranquilamente, con la certidumbre de haberlas ganado a pulso.

Quénu aprobaba con la cabeza. Quiso comenzar una justificación.

—Es que Gavard...—murmuró.

Pero Lisa se puso seria, y le interrumpió bruscamente.

—No, no es Gavard... Ya sé yo quién es. Y ese haría mejor en pensar en su propia seguridad, antes de comprometer la de los demás.

—¿Es de Florencio de quien quieres hablar?—preguntó tímidamente Quénu, después de una pausa.

Lisa no le respondió en seguida. Se levantó, volvió al secreter, como haciendo esfuerzos por contenerse. Después, con rotunda voz:

—Sí, de Florencio... Ya sabes cuánta paciencia tengo. Por nada de este mundo quisiera interponerme entre tu hermano y tú. Los lazos de la familia son sagrados. Pero la medida se ha colmado por fin. Desde que está aquí tu hermano, todo va de mal en peor... Pero no, no quiero hablar de esto; valdrá más callar.

Hubo una nueva pausa. Y al ver que su marido, con aspecto turbado, contemplaba el techo de la alcoba, prosiguió Lisa con más violencia:

—En fin, no hay más que decir; parece que

no comprende siquiera lo que estamos haciendo por él. Nos hemos molestado, le hemos dado la alcoba de Agustina, y la pobre muchacha duerme sin quejarse en un cuartito en que carece de aire... Le damos de comer mañana y tarde, le prodigamos nuestros cuidados... Nada. Lo acepta con la mayor naturalidad. Gana dinero, y ni siquiera sabemos dónde va a parar, o mejor dicho, lo sabemos demasiado.

—Está la herencia...—se atrevió a decir Quénu, que sufría al oír acusar a su hermano.

Lisa se quedó parada en seco, como aturdida. Toda su cólera se desvaneció.

—Tienes razón, está la herencia... Ahí están las cuentas en ese cajón... El no la quiso; tú estabas ahí, ¿te acuerdas? Eso prueba que es un muchacho sin seso y sin conducta... Si tuviera la menor idea de algo, ya hubiera hecho cualquier cosa con ese dinero... Yo te aseguro que quisiera no tenerlo ya; así dejaría de intranquilizarnos... Ya le he hablado de ello dos veces, pero se ha negado a oírme. Tú deberías decidirle a que lo tomara... Procura hablar con él, ¿estás?

Quénu respondió con un gruñido, y Lisa no quiso insistir, pues, según ella, había puesto ya de su parte la mayor honradez.

—No, no es un hombre como los demás—prosiguió.—No es tranquilizador, compréndelo... Te digo esto porque estamos hablando de él... No me preocupo por su conducta, que ya ha hecho que se chismorree mucho en el barrio sobre nosotros. Que coma, que duerma, que nos incomode, puede tolerarse. Sólo que lo único que no le permitiré es que nos mezcle en su política... Si te vuelve a levantar de cascos, si nos compromete tanto así, te advierto que me desembarazaré de él rotundamente... Te lo advierto, ¿entiendes?

Florencio estaba condenado. Lisa hacía un

verdadero esfuerzo para no desahogarse, para no dejar fluir la ola de amontonado rencor que en el corazón tenía. Florencio chocaba con todos sus instintos, la ofendía, la espantaba, la hacía verdaderamente desgraciada. Todavía murmuró:

—Un hombre que ha tenido las más asquerosas aventuras, que ni siquiera ha sabido crearse un hogar propio... Comprendo que quiera tiros... Que vaya a buscarlos si le gustan, pero que deje a las personas decentes con su familia... ¡Además, no me agrada, clarito! Por la noche, en la mesa, apesta a pescado. Ese olor no me deja comer. El, en cambio, no pierde bocado... ¡Y para lo que le aprovecha! Ni siquiera puede engordar, el desgraciado, de tan roído como está por la perversidad...

Habiase acercado a la ventana, desde la cual vió a Florencio que atravesaba la calle de Rambuteau, para dirigirse a la pescadería. La llegada de pescado era desbordante aquella mañana y las cestas ofrecían grandes jaspeados de plata, las subastas retumbaban. Lisa siguió los puntiagudos hombros de su cuñado, que entraba en los fuertes olores de los Mercados, con el dorso encorvado, con aquella náusea del estómago que le subía a las sienas; y la mirada con que Lisa le seguía era de una combatiente, de mujer resuelta al triunfo.

Cuando Lisa se volvió, Quénu se levantaba. En camisa, con los pies en la suavidad de la alfombra, caliente aún con el agradable calor del edredón, estaba descolorido, afligidísimo por la falta de avenencia entre su hermano y su mujer. Pero Lisa tuvo una de sus hermosas sonrisas. Le conmovió mucho al darle los calcetines.

V

Marjolin fué hallado en el mercado de los Inocentes, en un montón de coles, debajo de una col blanca, enorme, una de cuyas grandes hojas ocultaba su rosada carita de niño dormido. Siempre se ignoró qué mano miserable le había puesto allí. Era ya un ciudadanillo de dos a tres años, muy gordo, muy satisfecho de vivir, pero tan poco precoz, tan atrasado, que apenas chapurreaba unas cuantas palabras y no sabía más que sonreír. Cuando una vendedora de legumbres le descubrió debajo de la gran col blanca, exhaló tal grito de sorpresa que las vecinas acudieron, maravilladas; y el niño tendía las manos, arrollado en un pedazo de colcha. No pudo decir quién era su madre. Tenía los ojos espantados y se aferraba al hombro de una tripera gorda que le había cogido en brazos. Hasta la noche, el niño fué el tema de las conversaciones del mercado. Se había tranquilizado, y comía rosquillas, sonriendo a todas las mujeres; la tripera gorda lo conservó consigo; después pasó a una vecina; un mes más tarde, dormía en casa de la tercera. Cuando le preguntaban: “¿Dónde está tu madre?” el niño hacía un ademán en-